

Poemas

Por Mariano Flores Castro

INSCRIPCIÓN TROPICAL

i.m. José Carlos Becerra

He marcado en la palma de tus emociones
la sentencia más caliente, las palabras más limpias
arrancadas a la oscuridad de mis sueños. Te he dicho
—con una precisión que ahora me parece alterable—
cómo llegué hasta aquí, cómo hiqué mis pasos en la arena
para habitar esta casa, de qué modo atravesé los vientos
incalculables del alba para contarte ese episodio
de tu vida en que yo no estaba.

Y es que lo he sabido siempre: tu acaudillada cabellera,
tu catadura ajena a la ira, el idioma colmenado
de tu respiración, los pájaros de tu despertar,
la cimarrona espera en que me hallaba.

Han crecido las ramas. La escritura prieta
y ríspida ya dejó de ser legible. No he vuelto a soñar,
pero recuerdo la inscripción como de meniscos rápidos
entresacados a la enorme arboladura.

Extraño todavía el filo linfático de la hoja
generando el ritmo de aquellas palabras.

¿Palabras? Hogueras de tu bucanero en pos
del oro melífluo de tu cuerpo; batatales de esta isla
que me encerraba en su inmensidad para tenerme a tu gusto;
azafranes y papayas de los sentidos beodos por tu flor caníbal;
la especia de la hora enclavada en los lirios de tu blanda
botonadura; el aire cautivo desatando una distancia azul
sobre las guanábanas que habrías de comerte; brújula del amor
que la selva acumula más allá de los torrentes y las centellas,
más allá de un Norte ignorante de tu fiebre; y aquella sombra
de altísimas frondas, con su prisa por quedarse en el lugar
de tu nacimiento, ay, letal miasma de las lagunas que nos hace
leer hoy, como hicimos en un jamás perfecto, nuestros nombres
en el crecimiento del día.

Nadie dormía para no despertarnos; el calor nos ataviaba con sus hormigueantes perlas; en las paredes la humedad nos revelaba un mundo de silbidos, campanas, ocarinas, guacamayas, ¿recuerdas? Era el minuto sensible que mayo había hechizado, la filigrana de un silencio convencido de tu simplicidad, la hora misma de quitar los mosquitos para que nuestro sueño emergiera del abismo repentino. Y eran los sentidos. Era el tacto foliado que la lluvia convertía en altanero espejismo.

El caimán calenturiento hacía sus astronómicas rutinas sobre la enorme roca del riscál. La caña salvaje de un ron mulato recorría nuestras venas, y el horror suave de la iguana macho adornaba la desportilladura del postigo. Machetazo al aire de la duda y el abrazo nos ungía, concibiendo una nueva rumba para la entrega sin martirio de nuestros cuerpos anaranjados

He puesto en la palma de tu sitio preferido una señal que el verano hallará al día siguiente de su suicidio. La cuna en que naciste flota en el mar y posa en el aire mercurial del deseo. No fuimos los primeros en disponer del olvido, pero el pulso tropical aceleró el ocio en que cayó lo memorable.

A lo lejos, el mar se abastece de imágenes.
El viento arrasa los últimos rostros que tuvimos.
Yo te lo dije. ◇

MUCHAS HELENAS

Vivaz, de la familia de las labiadas,
con pechos erguidos y poco abultados,
piel vellosa, elíptica, aguda, semicerrada,
mejillas rojizas, perfil sano, híbrida y bella,
tu fruto es seco y de pocas semillas.

Se te rinde Amor en los huertos y olivares,
huelas a higo pelado, la tropa lo sabe;
Troya entera arde por tenerte.

Han traído sándalo y poleo
para perfumar tu piel de diosa.
Vas a animar a hombres y carros
desde la muralla condenada.
Te sospecha Eneas. Todo ha cambiado entre tú y Paris.
Los hierófantés se refugian en el templo.
Y en lo alto de tu historia, sonriendo levemente,
me confías: "Agamemnon también tiene
razones de amor para emprender la guerra". ◇